



◆◆ La Pastelería ◆◆

Desde hacía años, la gente paseaba por la calle Strasse sin prestar atención al destartalado edificio que se alzaba en su extremo.

Estaba a las afueras del pueblo y ni los más viejos del lugar se ponían de acuerdo en quién había vivido allí por última vez.

Pero un día...

La noticia se extendió por el pueblo como el agua en una riada:

—¡Alguien ha comprado la vieja casa de la calle Strasse!

—¿Ese montón de escombros? Quien sea, está verdaderamente loco.

—Ya lo creo...



Un suceso así no podía pasar desapercibido en un pequeño lugar como aquel.
* * Y pronto se desveló el misterio:

—Ha sido comprada por un tal Kuchen.

—¿No será el famoso pastelero...?

—¡Sí, sí, el mismísimo señor Kuchen!

Resultaba un acontecimiento que a un pueblo perdido como el suyo hubiese llegado un caballero tan afamado.

¿Quién no había oído hablar de los riquísimos dulces del señor Kuchen?

MAESTRO PASTELERO

**Los grandes maestros pasteleros de la Frieschule
tienen el honor de conceder el presente título
por su genial invención de recetas que evocan
el perfume de la tierra, la sutileza del aire y la fragancia del mar
al insigne y distinguido señor**

∞ KUCHEN ∞

Pronto comenzaron las obras en la casa y los alrededores.
* Todos seguían con atención los cambios.

En especial los niños, que esperaban ser los primeros en degustar las golosinas del señor Kuchen.

Por las tardes pasaban por el final de la calle Strasse para ver cómo marchaban las obras.

Quienes se acercaban a mirar por el escaparate se deshacían en elogios sobre el interior de la tienda. ¡Qué mostrador! ¡Qué preciosos estantes! ¡Y qué limpiísimos mantelitos blancos...!

Cuando todo parecía estar dispuesto, el señor Kuchen se sentó





a escribir en una mecedora bajo el porche. Un día, luego otro, y después otro.

Nadie se atrevió a preguntarle cuándo abriría su tienda, y se buscaban explicaciones razonables:

—Seguro que hace una lista de los primeros pasteles de su establecimiento.

—Claro, el señor Kuchen no va a ofrecer sus dulces sin ton ni son; es su negocio y tendrá que meditarlo bien.

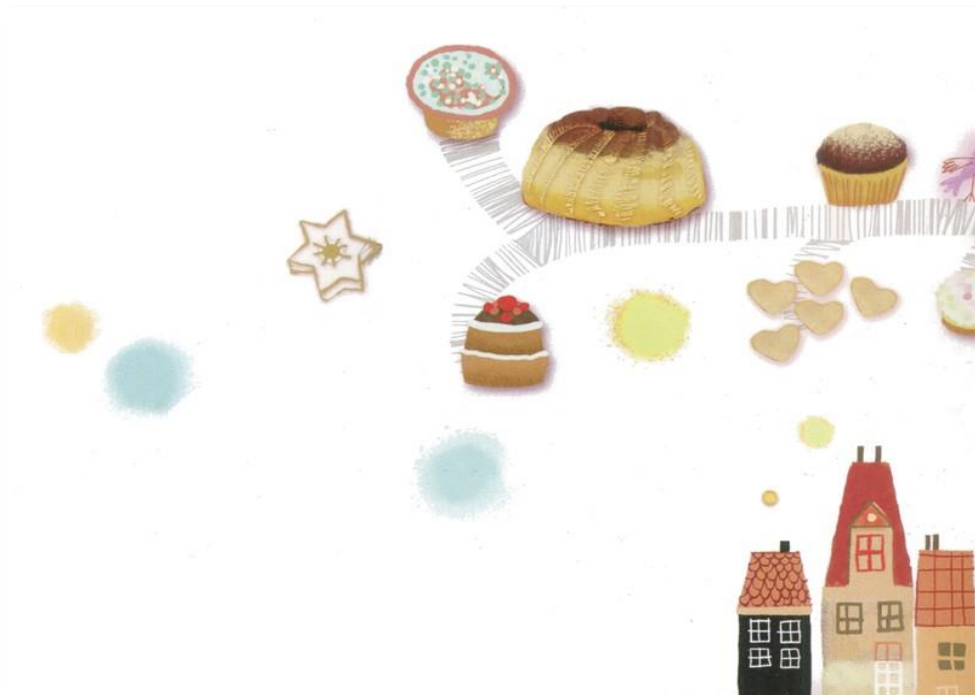
Los caballeros y las damas del lugar apostaban por los imponentes productos que saldrían de su tienda:

—Seguro que unas buenas tartas de chocolate.

—Bah, eso está muy visto. Apuesto a que son enormes pasteles de queso.

—Yo he oído que va a comenzar con una variedad de turrones...

E imaginaban los pingües beneficios que obtendría el señor Kuchen, por no hablar del prestigio que supondría para el pueblo.





Pasaron los días. Los estantes, los mostradores y las bandejas seguían vacíos.

Cuando por la mañana los niños iban a la escuela, veían al señor Kuchen meditando mientras escribía de vez en cuando en su viejo cuaderno.

Por la tarde, cuando los niños regresaban del colegio, el famoso pastelero seguía sentado a la puerta.

El señor Kuchen no descuidaba su comercio. Temprano, de ocho a nueve, comprobaba la balanza, sacaba brillo a las

bandejas, desempolvaba los estantes y cambiaba los mantelitos blancos. Cuando se ponía el sol, limpiaba los cristales de sus escaparates.

Le gustaba que en su tienda todo estuviera impecable.



De camino a la escuela, los niños soñaban con los pequeños, deliciosos y esponjosos dulces que merendarían esa tarde.

¿Bambitas de nata? ¿Pestiños de miel? ¿Palmeritas de chocolate? ¿Algún bombón...?

De regreso, tentaban sus escasas monedas en los bolsillos pensando en el día en que sus sueños se harían realidad.

Y volvían esperanzados a sus casas. Quizá, al día siguiente.



La gente del pueblo seguía celebrando las fiestas de cumpleaños y, especialmente los domingos, las mesas se llenaban de pasteles y tartas compradas en la tienda de siempre. Pero todo el mundo pensaba en cuando por fin el señor Kuchen ofreciera sus productos.

—Esta tarta de fresa es aceptable, pero no hay otra ni más grande ni mejor que la del señor Kuchen, ya veréis...

—Cuando se ponga a ello.

—Claro, cuando se ponga a ello.

Poco a poco, el porche de entrada a la tienda del señor Kuchen se fue convirtiendo en un lugar de juego para los niños.

Veían el rostro embelesado del pastelero, concentrado en su cuaderno, como inspirándose en las nubes del cielo, la fresca brisa y el canto de los pájaros. ¡Qué dulces debía de ser capaz de hacer con esa mirada!

Mientras, soñaban con tostados mazapanes, crujientes rosquillas y deliciosos hojaldres.



Los niños se atrevieron a pasar a la tienda.

Sin trastocar demasiado el orden, prolongaron allí sus juegos. Uno compraba, otra vendía. Una amasaba, otro espolvoreaba. Se horneaba, se bañaba, se adornaba, se freía...

Y, mientras, rebuscaban en sus memorias nombres y sabores:

- Saboyanas con natillas.
- Barquillos de yema.
- Lenguas de gato bañadas en chocolate.
- Bocaditos de Lyon.

Al final de la tarde, tras limpiar los cristales, el señor Kuchen volvía a colocarlo todo en su sitio.

Un día, en sus juegos los niños pintaron un gran cartel que colocaron a la *entrada: «Dulces Kuchen».

Los vecinos consideraron que, por fin, el señor Kuchen se había decidido por la mejor de sus recetas.

El rumor de que la tienda abriría al día siguiente corrió por las aldeas próximas, de donde vinieron, cargados con cestas, viajeros deseosos de llevarse los prestigiosos dulces del pastelero Kuchen.

Pero ese día la pastelería tampoco abrió sus puertas.

La multitud, agolpada en sus alrededores, comenzó a murmurar y a pensar que aquello era algo parecido a una estafa. Una estafa y una burla.

—Pero este señor, ¿quién se habrá creído que es?

—Este pueblo tiene derecho a una pastelería decente.

—A este paso, se va a cargar el turismo.

La gente dejó de pasear por los alrededores de la tienda del señor Kuchen.

Quienes no faltaban a la cita diaria eran los niños.

Por las mañanas soñaban en una rica merienda, palpando en sus bolsillos las monedas que habían conseguido de sus padres y abuelos.

Y por las tardes contemplaban al señor Kuchen escribiendo quizá las recetas de sus golosinas: tocinos de cielo, milhojas de nata, tejas de almendra, bombitas de crema, bayonesas con cabello de ángel...



Semanas más tarde, el interior de la tienda aparecía cada mañana tan vacío y reluciente como siempre.



Solo por las tardes el orden se rompía un poco, mientras los pequeños jugaban a fabricar merengues, alfonsinos, borrachos, bayonesas, agujas, polkas, duquesas y rosquillas tontas, entre otros muchos dulces.

Una de esas tardes, mientras los niños jugaban, algunas damas y algunos caballeros entraron en la tienda muy enojados, reclamando a sus hijos.



¡Les parecía muy sospechoso lo que hacía ese Kuchen!

–Se está burlando de nosotros.

–Y a saber qué hacen nuestros hijos en esa tienda.

–Habría que darle un escarmiento.

–Hemos tenido mucha paciencia. ¡Deberíamos haber actuado antes!

Esa noche...

* Nadie sabe cómo sucedió.

Unos sostenían que había sido un rayo, aunque el cielo estuvo despejado y no hubo ninguna tormenta. Otros dijeron que, la víspera, Kuchen había comentado que por fin encendería sus hornos...

–¡... Y ya ven el resultado! ¡Si es que ese hombre es un desastre...!

Por la mañana, el señor Kuchen metió en una pequeña maleta dos o tres cosas que pudo rescatar del incendio y se fue del pueblo.

Los únicos que acudieron a despedirle fueron los niños, que veían entre lágrimas su lugar de juegos convertido en escombros.

Al partir, Kuchen les entregó el cuaderno que había estado escribiendo durante esas semanas.

–Es solo para vosotros –les dijo.

Los caballeros y las damas del lugar no volvieron a hablar del afamado pastelero, ni a pasear por el final de la calle Strasse.

Solo los niños siguieron visitando los alrededores de la antigua pastelería. Hacían tintinear en sus bolsillos las monedas que no se habían gastado. Y se sentaban a leer el cuaderno que el señor Kuchen les regaló en secreto antes de partir.



Escuchaban embelesados mientras leían por turnos. Estaban de acuerdo en que aquellas páginas eran más dulces, más sabrosas y más deliciosas que los pasteles con los que habían soñado.



La idea central de esta historia es que las promesas no siempre se cumplen y que las expectativas pueden llevar a la decepción.

Sin embargo, la verdadera dulzura de la vida no se encuentra necesariamente en los pasteles y las golosinas, sino en la imaginación, la creatividad y la amistad.

La historia también sugiere que a menudo es mejor valorar lo que ya tenemos en lugar de esperar algo que puede no realizarse.